mento del altar, y la inmaculada concepcion de la Vírgen María, nuestra Señora, concebida sin pecado original en el primer instante físico y real de su animacion. Amen.

§. XL.

Zelo de los reyes de Francia Luis XIII y Luis XIV el Grande, en órden á la santísima Vírgen.

Mas si el rey de Aragon Juan I ha dejado á la posteridad con su edicto un monumento tan ilustre de su devocion al misterio de la Concepcion inmaculada de la santísima Vírgen, todavía han sobrepujado al zelo del rey católico los reyes de Francia Luis XIII y su ilustre sucesor Luis el Grande, por su piedad y por su religion hácia la inmaculada Concepcion. (*)

El rey Luis XIII, de feliz memoria, uno de los mas dignos sucesores del rey S. Luis, quiso señalar su devocion á la santísima Vírgen, eligiéndola por protectora especial de toda la familia real y de todo su reino por una declaracion solemne hecha el 10 de febrero de 1637, consagrándola su persona, sus estados y sus vasallos, y ofreciéndola en seguida sobre el altar de la iglesia metropolitana de nuestra Señora de París su corona y su cetro. Véase como se esplica S. M. en esta declaracion.

(*) Sin entrar en discusion sobre si el zelo de los reyes de Francia, que aquí cita el P. Croisset, por la estension del culto de la inmaculada Concepcion de María santísima ha sobrepujado al que manifiesta el edicto de D. Juan I de Aragon; bueno será notar aquí que al zelo y solicitudes de los señores reyes Felipe III y Felipe IV, su hijo, puede en cierto modo decirse que se debe el decreto del papa Gregorio XV, prohibiendo toda disputa en contra de este sagrado misterio, y permitiendo que se predicase de él libremente; tampoco debe dejarse pasar en silencio la devocion y zelo del piadoso rey D. Cárlos III á este misterio augusto, y lo que trabajó hasta conseguir que el Patronato de estos reinos que desde el año de 1756 estaba confiado á la Reina de los ángeles, sin la advocacion de misterio alguno, se contrajese, como lo consiguió en las cortes de Madrid del año 1760, al de la inmaculada Concepcion, impetrando al mismo tiempo facultad del santísimo padre Clemente XIII para que en todos sus dominios se pudiese rezar el oficio propio que muchos años habia rezaba todo el órden de S. Francisco; y estableciendo y fundando, agradecido al beneficio de la sucesion que confesaba debida á la proteccion de María santísima, la *distinguida Orden española de Cárlos III*, bajo los auspicios, la proteccion y el título de María santísima concebida sin pecado original; pruebas todas del sumo zelo por honrar este privilegio singular de la Señora, en el que no es fácil hallar ningun otro monarca que le haya aventajado.

«Nos habemos declarado y declaramos, que tomando á la santísima y gloriosísima Vírgen por protectora especial de nuestro reino, la consagramos particularmente nuestra persona, nuestro estado, nuestra corona y nuestros vasallos, suplicándola que se digne inspirarnos una conducta tan santa, y defender con tanta solicitud el reino contra los esfuerzos de sus enemigos, que ya sufra el azote de la guerra, ya goce de la dulzura de la paz que pedimos á Dios de todo nuestro corazon, no salga jamás de los caminos de la gracia, que conducen á los bienes de la gloria. Exhortamos á todos los arzobispos y obispos que amonesten á todos nuestros pueblos á que tengan una devocion particular á la santísima Vírgen, é imploren su proteccion, á fin de que bajo de una patrona tan poderosa nuestro reino esté á cubierto de todos los ataques de sus enemigos, que goce largo tiempo de una paz buena, que Dios sea servido y reverenciado en él tan santamente, que Nos y nuestros vasallos podamos llegar felizmente al último fin para el cual hemos sido criados.»

No tardó la santísima Vírgen mucho tiempo en manifestar los felices efectos de su proteccion especial en favor de un príncipe tan piadoso, y de un reino que se la habia dedicado por una consagracion tan solemne. El nacimiento del rey mas grande que ha tenido la Francia, acaecido el año siguiente, despues de una esterilidad de veinte años, y una sucesion prodigiosa de victorias y de prosperidades, hicieron ver bien que jamás se profesa en vano una devocion llena de confianza á la santísima Vírgen.

Luis el Grande, de feliz y triunfante memoria, ratificó muy pronto tan santa consagracion por su declaracion del 25 de marzo de 1650; he aquí como se esplica: «Nos no podemos ya diferir mas el renovar semejantes votos en honor de la santísima Vírgen á cuya intercesion creemos ser deudores de los favores y bendiciones del cielo, que han sido continuos en todos los acontecimientos considerables de nuestro reinado, en muchas batallas ganadas sobre nuestros enemigos, las cuales nos han producido en seguida la conquista de muchas de sus ciudades mas importantes, tanto en Flandes como en Alemania y en Italia. Nos queremos testificar el mismo reconocimiento, y hacer igual resignacion de Nos y de nuestra corona á la santísima Vírgen, esperando gozar largo tiempo los efectos de tan santa proteccion.»

La continuacion de las maravillas durante un reinado de setenta y dos años ha verificado plenamente una confianza tan bien fundada. Este gran monarca, la admiracion y el milagro de su siglo, no contento con haber renovado por esta declaracion del año de 1650 la consagracion solemne de Luis XIII, su padre, á la santísima Vírgen, y de haber ordenado que todos los años se renovase en París el dia de la Asuncion, igualmente que en todas las iglesias del reino, solemnizándola con la esposicion del santísimo Sacramento y con una procesion solemne, este gran príncipe quiso tambien señalar su piedad singular á la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen, obteniendo del papa Clemente IX que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebrase en todas partes con octava.

§. XLI.

Zelo del emperador Ferdinando III por la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen.

Por fin, el año 1647, viendo el emperador Ferdinando III que los suecos, hinchados con las victorias conseguidas en Alemania, venian á caer sobre la Bohemia y sobre las provincias hereditarias de la casa de Austria, recurrió á la proteccion omnipotente de la Madre de Dios, consagrándola solemnemente su persona, toda su familia imperial, todos sus estados, sus vasallos y todo el imperio, y esto bajo del título glorioso de su inmaculada Concepcion, haciendo levantar en su honor en la gran plaza de Viena una magnífica columna, enriquecida de emblemas y figuras, que son otros tantos símbolos de las victorias que María ha conseguido sobre el pecado, por un privilegio singular, en el primer instante de su vida.

Esta soberbia columna en cada ángulo de su pedestal tiene un ángel armado, como en accion de aterrar al monstruo que tiene á sus pies, haciendo alusion á la victoria que la santísima Vírgen ha conseguido sobre el pecado en su concepcion inmaculada.

El primero, que mira al Oriente, tiene bajo de sus pies un dragon ó serpiente infernal con esta divisa: *Ipsa conteret:* ella quebrantará tu cabeza. (*Gen.* 3.) El segundo, que mira al Occidente, pone el pié sobre un leon con esta divisa: *Conculcabis;* pisarás el leon y el dragon sin temor alguno. (*Psalm.* 90.) El tercero, que mira al Mediodía, camina sobre un áspid, y tiene en su escudo estas palabras: *Ambulabis super;* marcharás animosamente sobre el áspid. (*Psalm.* 90.) El cuarto, que mira al Septentrion, hace frente con arrogancia al basilisco, con esta divisa: *Non pro te lex;* la ley que condena á muerte no habla contigo. (*Esth.* 15.) En lo alto de esta magnífica y rica columna está la estatua de la santísima Vírgen bajo del símbolo de su inmaculada Concepcion; esto es, con la luna bajo de sus pies, y quebrantando con su talon la cabeza de la serpiente infernal. Esta admirable columna está levantada en medio de la gran plaza de Viena, frente á la casa profesa de los padres jesuitas, y el emperador hizo grabar en ella esta inscripcion:

DEO OPTIMO, MAXIMO,
SUPREMO COELI TERRÆQUE IMPERATORI
PER QUEM REGES REGNANT:
VIRGINI DEIPARÆ,
IMMACULATÆ CONCEPTÆ,
PER QUAM PRINCIPES IMPERANT:
IN PECULIAREM DOMINAM,
AUSTRIÆ PATRONAM,
SINGULARI PIETATI SUSCEPTÆ,
SE, LIBEROS, POPULOS, EXERCITUS, PROVINCIAS;
OMNIA DENIQUE CONFIDIT, DONAT, CONSECRAT,
ET IN PERPETUAM MEMORIAM
STATUAM HANC EX VOTO PONIT
FERDINANDUS TERTIUS AUGUSTUS.

Quiere decir: A Dios muy bueno y muy grande, soberano emperador del cielo y de la tierra, por quien los reyes reinan: á la Vírgen madre de Dios, concebida sin pecado, por quien los príncipes dominan; elegida por singular devocion por señora, soberana y singular patrona de Austria; Ferdinando, emperador tercero de este nombre, se confia, se consagra y se dedica á sí mismo, á sus hijos, á sus pueblos, sus ejércitos, sus provincias y todo cuanto le pertenece, y en perpetua memoria de lo cual ha erigido esta estatua y este monumento por voto.

Para hacer aun mas solemne y mas universal la devocion á la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, que tan á pechos tomaba, S. M. imperial creyó muy á propósito el proponer sus motivos, y los puntos siguientes, á los estados del país, al senado de la provincia y de la ciudad, á los superiores de las órdenes religiosas, al obispo y al clero.

1.° Que su designio era honrar con un culto universal y mas solemne la inmaculada concepcion de la Madre de Dios; aumentar por este monumento eterno y por este acto de religion la de-

vocion de los pueblos y de los grandes á la santísima Vírgen, á la que él amaba como á su buena madre. 2.° Que para este fin habia erigido aquella estatua, la cual deseaba que fuese bendita por el obispo con toda solemnidad. 3.° Que pedia que se mandase por edicto público que en lo sucesivo el dia 8 de diciembre la fiesta de la inmaculada Concepcion no solo se celebrase y honrase con toda solemnidad en todos sus estados, como ya en otro tiempo lo habia mandado su difunto padre Ferdinando II, de gloriosa memoria, sino tambien que los obispos de todos sus estados instituyesen ayuno de precepto la víspera de esta gran fiesta. 4.° Que la santísima Vírgen concebida sin pecado fuese en adelante conocida en todos sus estados y honrada como patrona de Austria. Todos estos artículos fueron recibidos unánimemente y aprobados con regocijo de todos, é inmediatamente ejecutados.

Fijóse el dia para esta augusta y santa ceremonia al 18 de mayo del mismo año de 1647. Jamás se vió una fiesta mas solemne, ni un acto de religion mas célebre ni mas devoto; fué propiamente el triunfo de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. Toda la ciudad quiso asistir á ella, y desde el amanecer estaban llenas de gente la iglesia, la gran plaza y las calles todas. No hubo uno que no quisiese tener parte en la solemnidad; la alegría universal y la solicitud de los grandes y de los pequeños demostraban cuan general era la devocion. El piadoso emperador, acompañado de los serenísimos archiduques, sus hijos, Ferdinando IV, rey de Bohemia y de Hungría, y de María Ana de Austria, reina de España; del legado del papa; de los embajadores de España y de Venecia; toda la corte del emperador y del rey; todas las damas y camareras de la reina; toda la nobleza; todas las comunidades de los órdenes religiosos; todo el clero; en una palabra, todo el mundo de toda condicion, sexo, edad y estado, todo se formó en procesion á las ocho de la mañana. La primera estacion fué en la iglesia de los reverendos padres agustinos reformados, desde donde tan augusta reunion pasó por medio de un pueblo que apenas la dejaba ir en fila á la iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesus. El P. Gans, célebre predicador de la misma Compañía y confesor del emperador, hizo un discurso tan elocuente como sabio sobre la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen; el ilustrísimo príncipe Federico, obispo de Viena, celebró la misa de pontifical, cantada por la música del emperador con una solemnidad estraordinaria. Despues que el subdiácono, segun la costumbre, llevó la paz, S. M. bajó de su trono, y fué á los pies del altar en donde

arrodillado, despues de la comunion del obispo, habiendo dejado su espada al conde de Puchain, su primer gentilhombre de cámara, recibió de su confesor la fórmula del voto que iba á hacer. Habiéndose vuelto el obispo al emperador teniendo la sagrada hostia en sus manos, S. M. pronunció en alta voz su voto en estos términos:

«Dios omnipotente y eterno, por quien los reyes reinan, en cuya mano están todas las potestades y todos los derechos del imperio: Yo Ferdinando, postrado humildemente delante de vuestra divina Majestad, tanto en mi nombre, como en el de mis sucesores, y de esta noble provincia de Austria, invoco y tomo en este dia á la inmaculada Vírgen María, madre de vuestro Hijo, por especial señora y patrona de este archiducado. Además voto y prometo hacer guardar y celebrar con solemnidad todos los años perpetuamente esta fiesta en esta provincia como fiesta de precepto el dia de su inmaculada Concepcion, 8 de diciembre, con ayuno en su víspera. Yo os suplico, soberano Emperador del cielo y de la tierra, que reputeis, como hecho á vos mismo, todo lo que se hace en honor de vuestra santísima Madre, que os sirvais de recibir con bondad este voto que por vuestra clemencia os habeis dignado inspirarme, y estender vuestra mano favorable para protegerme y defenderme, con mi casa y todos los pueblos que me están sometidos. Amen. El 18 de mayo de 1647, en la iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesus, delante del altar mayor, en manos de Felipe Federico, de la casa de Breyniere, príncipe y obispo de Viena.»

Escrita la fórmula de este voto, y firmada de la propia mano del emperador, la volvió á poner en manos de su confesor para que fuese guardada en el archivo de la casa profesa; despues de lo cual habiendo comulgado el emperador de mano del obispo, volvió á su reclinatorio, edificando á toda su corte y á todo el pueblo con su religion y su piedad.

Concluida la misa, el emperador acompañado del rey de Bohemia y de Hungría, su hijo, y de la archiduquesa, reina de España, su hija, del obispo y de todo el clero secular y regular, fué á la gran plaza, en donde estaba erigido el trofeo de la inmaculada Concepcion, y en donde toda la ciudad de Viena se habia reunido. Habiendo bendecido el obispo la célebre columna consagrada en honor de la inmaculada concepcion, mientras se cantaban las letanías de la santísima Vírgen tocó la música del emperador uno de los mas magníficos conciertos, acompañado de las trompetas, timbales, oboés, de los tambores y de una salva

general de toda la artillería de la ciudad. Acaso no se vió jamás una ceremonia mas augusta, ni que honrase con mas solemnidad la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.

Por la tarde comenzó de nuevo la fiesta con tanta pompa y celebridad como por la mañana, por el zelo y la piedad de la emperatriz Leonora, viuda del emperador Ferdinando II, la cual quiso dar á su vez señales brillantes de su devocion á la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen, terminando esta fiesta con un nuevo espectáculo de los mas edificantes y mas pomposos. Despues que la corte y el pueblo hubieron pasado el resto del dia en los ejercicios de la mas tierna piedad, se vió por la noche una decoracion todavía mas admirable; no solo se iluminaron todas las casas de la ciudad con una iluminacion general y fuegos artificiales en la que cada uno trató de distinguirse, sino que tambien en la plaza donde se habia levantado la estatua de la Madre de Dios, se presentó una decoracion de las mas brillantes. Toda la columna cargada de hachas de cera blanca parecia una sola llama; veíase en ella un arco iris de luces que rodeaba la estatua de la santísima Vírgen, y todas las ventanas de las casas que rodeaban la plaza iluminadas con muchas hachas y ceñidas con las armas de la casa de Austria. Este espectáculo relumbrante, que duró dos horas largas de la noche, aparecia todavía mas augusto por la presencia del emperador, de la emperatriz viuda, de los reyes de Bohemia y de Hungría, de la reina de España y de todas sus cortes, cuya piedad animaba la de todo el pueblo. Todo este tiempo se pasó en preces, letanías y salutaciones cantadas por la música del emperador; y toda esta pompa de religion se terminó con la bendicion del obispo. Queriendo S. M. eternizar esta devocion, fundó para siempre las letanías llamadas de nuestra Señora de Loreto, que se cantan todos los sábados del año y todas las fiestas de la santísima Vírgen con mucha solemnidad y todavía con mas devocion.

Este acto de piedad tan brillante en honor de la inmaculada concepcion de María santísima agradó tanto á Dios, que muy luego se esperimentaron visiblemente los efectos de la proteccion omnipotente de tan gran patrona; porque habiendo ido el emperador pocos dias despues de esta ceremonia de religion á Egra, ciudad vecina del enemigo, detuvo inmediatamente las rápidas conquistas de los suecos, altivos hasta entonces con sus ventajas que habian consternado á toda la Alemania, y les obligó á retirarse, precisándoles á hacer una paz gloriosa para todo el imperio.

§. XLII.

La sola cualidad de madre de Dios es el fundamento de todas las prerogativas, igualmente que de toda nuestra confianza, y en ella se encierran todos los títulos, todos los elogios y todas las dignidades de la santísima Vírgen.

Estrañase algunas veces, dice uno de los mas zelosos siervos de María, que el sagrado texto del nuevo Testamento nos diga tan poco de las grandezas de la santísima Vírgen, y por poco zelo que tengamos, querríamos que el Evangelio se estendiese mas sobre los elogios de la Madre de Dios; pero he aquí, responde un docto intérprete; dos palabras del Evangelio suficientes para concebir la mayor estimacion, y para llenar la mas alta idea que el hombre pueda concebir de una pura criatura: *María, de la cual ha nacido Jesus.* El Espíritu Santo que no ignoraba el fundamento sobre el cual debia establecer la grandeza de su Esposa, ha creido que la sola cualidad de madre de Dios bien entendida supliria á todos los elogios, y que dando á conocer la divinidad del Hijo por una larga relacion de milagros incontestables, no podrian negarse los honores mas sublimes á la que era reconocida por madre de tal hijo.

En efecto, concibiendo bien lo que es ser madre de Dios, se comprende, dicen los Padres de la Iglesia, que ha debido ser santa é inmaculada en su concepcion; que ha debido ser madre sin dejar de ser vírgen; que debe formar una categoría aparte entre Dios y las criaturas; que debe ser todopoderosa para con Dios, porque un Dios no puede negar nada á su madre; se comprende que debe ser honrada con un culto particular, y que á escepcion de la divinidad no hay título de honor, no hay virtud, alabanza y cualidades que no se deban á María. Dad á María, esclama S. Bernardo en su célebre carta á los canónigos de Lyon; dad á María las justas alabanzas que le pertenecen. Decid, por ejemplo, que María ha encontrado para sí y para nosotros la fuente de la gracia; decid que ella es la medianera de la salud, y la restauradora de los siglos; lo direis con razon, porque esto es lo que toda la Iglesia publica, y lo que canta de ella todos los dias. *La santísima Vírgen*, dice S. Juan Damasceno, *es superior á todas las alabanzas que se la puedan tributar.* Decid de la santísima Vírgen todo cuanto puede decirse grande, magnífico, admirable, pasmoso, dice el sabio Basilio de Seleucia, que florecia en el siglo v: dad, en fin, á María todas las

alabanzas imaginables; jamás direis nada tan sublime, que no sea inferior á lo que merece. Tengamos una entera confianza en la bondad y en la proteccion poderosa de la santísima Vírgen, dice S. Pedro Damiano, *porque todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos. Busquemos la gracia*, dice S. Bernardo, *y busquémosla por la intercesion de María; porque ella encuentra todo lo que busca, y no pide jamás cosa que no alcance.* Y á la verdad, ¿es posible que un Dios que se ha obligado á ejecutar las órdenes de sus siervos, siempre que sean fieles, así lo dice la Escritura (*Psalm.* 144); que un Dios que ha dado un poder sin límites á una fe viva; que ha sojuzgado, por decirlo así, su providencia á la autoridad de un hombre, hasta obedecerle deteniendo el sol contra las leyes y el curso ordinario de la naturaleza (*Jos.* 10); es posible que este mismo Dios haya querido limitar el poder de una madre tan pura, tan santa, tan perfecta y tan amada de él como María, á la cual ha querido estar sujeto toda su vida? No, no tengas ocioso mi poder, la dice su Hijo con mucha mas razon que Salomon lo decia á Betsabé; pídeme, madre mia, ó mas bien, mándame todo lo que te agradáre; porque ¿cómo podré negarte nada, cuando levantares hácia mi trono esas manos puras que me han llevado en mi infancia? (3. *Reg.* 2.)

Tal es el poder de María; no es, en verdad, absoluto é independiente como el de Dios; pero aunque suplicante, no es por eso menos eficaz. Así lo han reconocido los Padres, dice uno de los mas hábiles predicadores del siglo pasado, cuando se han dirigido á María con términos tan respetuosos y tan sumisos. *A tí recurrimos*, esclama Orígenes, *ó bendita entre todas las mujeres. Intercede por nosotros*, esta es la oracion de S. Atanasio, *intercede por nosotros, ó santa señora, dueña nuestra, reina del cielo y de la tierra, madre de Dios. Yo me postro á vuestros pies, y reconozco vuestro poder;* esta es la de S. Efren. *Pide á Dios que nos salve;* esta es la de S. Juan Crisóstomo. *Fija sobre nosotros una mirada favorable;* así la pide S. Basilio. *Santísima Vírgen, socórrenos á nosotros miserables*, esclama san Agustin. Saludámoste, Reina soberana, madre de misericordia, fuente de la vida, consuelo de nuestras almas. Como reina os tomamos por nuestra protectora, y os dirigimos nuestros gemidos. ¡Ah Vírgen santa! abogada nuestra, dignaos mirarnos con ojos favorables, y despues de este triste destierro en que gemimos, dignaos hacer que veamos al divino Salvador, fruto bendito de vuestras entrañas: vos sois nuestra buena madre, llena de bondad, de terneza y de dulzura; esta es la oracion de la Iglesia.

Despues de este concurso unánime de todos los santos Padres, de todos los concilios, de todos los soberanos pontífices, de todos los Santos, de toda la Iglesia, ¿qué impiedad no seria el atreverse á declamar contra la religiosa devocion de todos los verdaderos fieles á la Madre de Dios, y contra el culto que se la rinde y las alabanzas que se la dan? Hubo quienes se han arrojado á llamar devotos indiscretos á los que rendian á María los homenajes debidos á la madre de Dios, á los que la daban los títulos de honor con que la ensalzaban los santos Padres, á los que la creian concebida por un privilegio singular sin pecado, á aquellos, en fin, que invocaban su poder, y que despues de Dios ponian en ella toda su confianza. Pero á pesar del enojo de la herejía y de la malignidad de los verdaderamente indiscretos reformadores del culto de la Madre de Dios, no hay un verdadero fiel á quien no caracterice una tierna devocion á la santísima Vírgen, ninguno que no ponga en ella toda su confianza despues de Dios, ninguno que no reclame su proteccion en todos sus peligros, ninguno que no publique, que no sostenga hasta morir sus ilustres prerogativas. ¡Cosa estraña! despues que los primeros hombres de nuestra religion han agotado su saber para celebrar las grandezas de María, despues que han desesperado de hallar términos proporcionados á la sublimidad de su estado, despues que en nombre de todos S. Agustin ha confesado su insuficiencia, y protestado altamente que le faltaban espresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que le son debidas, ¿seria posible que se hubiesen hallado cristianos que temiesen alabarla con esceso, y que hasta censurasen su devocion y su culto?

§. XLIII.

No hay hereje que no se haya desencadenado contra el culto de la santísima Vírgen.

Pero en medio del concurso tan unánime y tan universal de todos los santos, en todos los siglos, para amar, alabar y honrar á la Madre de Dios, á vista de este zelo tan ardiente, tan solícito, tan constante de toda la Iglesia desde su nacimiento para inspirar á todos los fieles el amor, el culto, la confianza mas tierna y mas entera en la Madre de Dios, ¿en qué consiste que en ningun siglo ha habido hereje que no haya aborrecido en particular á la santísima Vírgen? No es posible dejar de convenir que por ella se ha dado Dios á los hombres, y que por su mano les

dispensa los tesoros de sus gracias y de sus bendiciones: ella es, como canta la Iglesia, aquella misteriosa torre de David de la cual penden mil escudos; ella es la arca de la nueva alianza; ella es la puerta del cielo, nuestra abogada despues de Dios, la salud de los enfermos espirituales, el refugio de los pecadores, el auxilio mas eficaz de todos los cristianos, el consuelo de los afligidos, y despues de Jesucristo toda nuestra esperanza. Hállase en ella todo lo que puede merecer nuestros homenajes y nuestros respetos; no hay cualidad alguna en ella que no sea para nosotros un título para consagrarnos á ella, para respetarla, amarla y serla agradecidos. ¿En qué consiste, despues de esto, el desenfreno, el encarnizamiento de todos los sectarios de todos los tiempos contra la mas tierna, la mas poderosa y la mas benéfica de todas las madres? ¿Qué protectora mas eficaz que ella? ¿qué abogada mas fiel? ¿qué vírgen mas pura? ¿qué soberana mas liberal? ¿qué madre, en fin, mas compasiva que María madre de Dios? Esta sola cualidad de madre de Dios vale y encierra todos los títulos. ¿Bajo de qué punto de vista, bajo de qué concepto se la puede mirar para descubrir en ella el menor motivo de aversion ó de frialdad? sin embargo, remontémonos hasta la primera época de la herejía, y desde el nacimiento de esta hidra infernal hasta estos últimos tiempos, ¿qué nube de enemigos de la santísima Vírgen no ha habido? Unos se han atrevido á negar que hubiese sido madre de Dios; otros que hubiese sido siempre vírgen. El infierno mismo se horrorizó, por decirlo así, de las blasfemias horribles que un Lutero y un Calvino han vomitado contra la Madre de Dios. ¿Con qué impiedad no ha sido tratada por todos los demas sectarios? los unos han condenado los elogios magníficos que la han dado todos los santos Padres; los otros la multitud de templos erigidos en su honor, y el gran número de fiestas que la Iglesia ha establecido para alimentar la piedad de los fieles. *De todas las fiestas que se celebran en honor de María*, decia el impío Lutero, *no hay una á que yo tenga mas horror que á la de su inmaculada concepcion.* ¿Con qué irreligion y con qué fastidiosas é insolentes chocarrerías no se ha esforzado á desacreditar entre el pueblo las mas santas prácticas de piedad, autorizadas por el ejemplo de los santos y por la aprobacion de la santa Sede? ¿Con qué furor no se ha desencadenado contra las sociedades erigidas en su honor? No hay devocion á la Madre de Dios, que no haya sido tratada de supersticion. El rosario, el escapulario, las letanías, los oficios, las congregaciones, nada se ha perdonado, y la impiedad ha pasado hasta nuestro siglo. En fin, se ha tratado de zelo indiscreto el que ostenta el pueblo cristiano por defender las mas ilustres prerogativas de la Madre de Dios, y poner en ellas, despues de Jesucristo, toda su confianza.

¿En qué consiste, pues, esa rabia de la herejía contra la santísima Vírgen? porque al fin apenas se hallará una sola secta en el largo espacio de mas de diez y ocho siglos, que no haya vomitado contra ella todo su veneno, y que no se haya declarado contra su culto. He aquí la causa de este desencadenamiento de todos los sectarios. *Yo pondré*, habia dicho el Señor á la serpiente, *una enemistad irreconciliable entre tí y la mujer que debe quebrantar tu cabeza.* Este es el orígen de ese odio implacable que tiene la herejía contra la santísima Vírgen. Ella ha quebrantado la cabeza de la serpiente, no solo porque ha sido exenta del pecado original, principio funesto de todos los demás; sino principalmente porque ha concebido en su seno, y parido al Salvador del mundo, el cual ha desarmado á todo el infierno, y arruinado su imperio. Ella le ha quebrantado la cabeza. ¿Será estraño que vomite el demonio contra ella todo su veneno? mientras que le quedáre hiel, el demonio no cesará de hacer todos los esfuerzos para desacreditar, para impedir el culto que es debido á María; no dejará de hacer todo lo que pueda para oscurecer el brillo de sus grandezas, para privarla de las ilustres prerogativas de su nobleza, para disputarla los sublimes privilegios que ha recibido de Dios; trabajará, en fin, con todo empeño para cerrar este asilo á los pecadores, y para debilitar y aun sofocar, si pudiese, en el corazon de los cristianos el título mas fundado de su mas dulce confianza: *y tú no cesarás de preparar emboscadas y armar lazos á su talon*, y de tratar de impedir ó al menos de oscurecer el culto que se la rinde desacreditándola por medio de tus emisarios.

Pero todos los esfuerzos del infierno serán siempre inútiles; por mas que la serpiente infernal produzca en todos los siglos nuevos insectos, que arrastrando sobre la tierra se encaminan hácia ella, jamás podrán pasar todos sus esfuerzos de acometer á su talon. A esto se reducirán siempre todos los malignos esfuerzos de los herejes. María arrollará siempre á los hijos, despues de haber quebrantado la cabeza del padre. No hay enemigo de Jesucristo, que no lo sea de su santísima Madre. Todos los herejes aborrecen á la Madre porque aborrecen al Hijo. *El que me odia á mí*, podria decirse con las palabras del Salvador á sus discípulos, *odia á mi Madre.* Pero vos, ó santísima Madre de Dios, decia un célebre orador sagrado del siglo XVII, sois el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores, y lo sereis siempre.

Vos sola habeis triunfado de todas las herejías; apenas se ha formado una en el cristianismo que no os haya atacado; pero tampoco hay una á la cual no hayais confundido. *Todas las herejías* que se han levantado *en todo el mundo, vos sola las habeis aniquilado*, dice toda la Iglesia con S. Agustin. La victoria que habeis conseguido y que conseguireis contra todos vuestros enemigos, y sobre las temerarias censuras de vuestro culto, coronará vuestro triunfo. A pesar de todas las empresas malignas que la herejía ha formado en tantos siglos, á pesar de todos los sofismas y de todos los artificios que el error ha empleado contra la santísima Madre de Dios, su culto ha subsistido y subsistirá, y la devocion á esta divina Madre se ha hecho y se hará todos los dias mas fervorosa y mas universal. Las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra el zelo de los verdaderos cristianos, ni contra su religiosa solicitud y su inviolable fidelidad en rendirla los justos homenajes que se la deben. Conservarán siempre, publicarán, harán gloria de los sentimientos tiernos y respetuosos que les ligan estrechamente á sus intereses, sea cualquiera el artificio de que se use, y el esfuerzo que se haga para arrancarlos de sus corazones. Su piedad, su religion, su ternura, para con su buena madre y poderosa soberana, les hará superiores á la malignidad y á la astucia impía de sus enemigos, y nada será capaz de inmutarles ni seducirles.

Esclamemos, pues, aquí con S. Juan Damasceno: «Venid, naciones todas del mundo: venid, habitantes todos de la tierra, de toda lengua, de toda edad y de toda dignidad; celebremos juntos con alegría las fiestas de la que hace el regocijo de todo el mundo.

«Os suplicamos, Vírgen santa, bendita entre todas las mujeres, fuente de la vida y madre de la salud, esclama S. Bernardo; vos por quien hemos hallado el orígen de la gracia, haced que por vos encontremos un acceso favorable para vuestro Hijo, á fin de que por vos seamos bien recibidos de aquel que no se ha dado á nosotros sino por vos; que en consideracion á vuestra incomparable virginidad y á vuestra profunda humildad, que tan agradable le ha sido, se digne perdonarnos todo lo que nace del orgullo de nuestro entendimiento y de la corrupcion de nuestro corazon; que vuestra inmensa caridad cubra el gran número de nuestros pecados, y que vuestra gloriosa y milagrosa fecundidad nos haga fecundos en buenas obras y en méritos. Dignaos, Vírgen santa, dignaos permitirme que yo publique vuestras alabanzas, por mas indigno que sea de ello, y concededme la fortaleza para combatir y confundir á vuestros enemigos. Dignaos, soberana Señora nuestra, nuestra medianera poderosa, nuestra fiel abogada, recomendarnos á vuestro Hijo, reconciliarnos con él, presentarnos vos misma á él. Haced, ó bienaventurada Vírgen, por la gracia que habeis merecido, y por la misericordia de aquel que habeis dado á luz, que el que por vuestro medio se ha dignado hacerse participante de nuestras miserias y de nuestras enfermedades, se digne tambien por vuestra intercesion darnos parte en su felicidad eterna y en su gloria, Jesucristo Señor nuestro, vuestro querido Hijo, nuestro Dios, bendito sobre todas las cosas en todos los siglos. Amen.»

De ningun modo podríamos concluir mejor la historia de la santísima Vírgen que con la devota oracion que la dirige S. Agustin. (*Serm. 18 de Sanct. in medio.*)

«¡O bienaventurada María! ¿Quién podrá jamás alabaros dignamente, ni ofreceros las acciones de gracias que os son debidas por haber con vuestra deferencia á los designios favorables de la Providencia socorrido al mundo ya perdido? ¿Podrán jamás todos los hombres juntos, tan flacos, y cuyo entendimiento es tan limitado, pagaros el justo tributo de alabanzas que os deben por haberles procurado con vuestra poderosa mediacion un acceso fácil á vuestro Hijo?

«Dignaos, sin embargo, Vírgen santa, admitir nuestros débiles agradecimientos por mas que sean desproporcionados á vuestros méritos; y despues de haberos dignado aceptar los testimonios aunque insuficientes de nuestro reconocimiento, tened á bien tambien de escusar la imperfeccion con que os los ofrecemos. Oid nuestros ruegos, y haced que nuestra reconciliacion con el Padre de las misericordias nos sirva al mismo tiempo de preservativo contra el veneno del pecado. Ofreciendo vos misma nuestros votos al Señor, haced que sean así por vos menos indignos de su Majestad, á fin de que alcancemos por vuestra intercesion lo que le pedimos confiados. Recibid con bondad lo que os ofrecemos con confianza: concedednos lo que os pedimos, y no mireis á nuestra pusilanimidad y desconfianza, porque vos sois despues de Jesucristo la única esperanza de los pecadores. Por vuestra poderosa intercesion, ó bienaventurada Vírgen, esperamos el perdon de nuestros pecados, y tambien por ella el alcanzar de Dios la eterna recompensa.

«Santa María, no negueis vuestro auxilio á los desgraciados, sostened el ánimo de los pusilánimes y consolad á los afligidos; rogad por todo el pueblo, tomad bajo de vuestra especial proteccion á todo el clero, é interceded por el sexo que os es tan singular-

mente devoto; en fin, esperimenten todos los que han recurrido á vos en sus necesidades los dulces efectos de vuestra poderosa proteccion.»

Como las prácticas de piedad son siempre gratas á todos los verdaderos fieles, y el fruto principal que se debe sacar de la lectura de esta historia debe ser un aumento de devocion á la Madre de Dios, hemos creido que no dejará de ser grato al público, sobre todo cuando ya se haya hecho esta familiar entre las familias cristianas, el dar aquí una fórmula de consagracion de toda una familia, y otra de cada uno en particular, á esta Madre de misericordia.

Fórmula para consagrarse á María santísima una familia en general.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Santa María, madre de Dios, vírgen purísima é inmaculada, reina de los ángeles y de los hombres, refugio seguro de los pecadores, vedme aquí postrado á vuestros pies delante de vuestro trono con toda mi familia. Yo os reconozco y os elijo hoy por mi soberana Señora, por mi madre y mi abogada para con Dios. Nosotros sabemos que sois la reina del universo, y que todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra están sujetas á vuestro imperio; sin embargo, queriendo, en cuanto depende de nosotros, estender vuestra dominacion, y aumentar el número de vuestros vasallos y de vuestros siervos, os presentamos aquí la ofrenda voluntaria de nosotros mismos, nos dedicamos y consagramos á vuestro servicio, y si no estuviésemos sujetos como ya lo estamos por tantos títulos á vos, protestamos, en virtud de esta consagracion que ahora hacemos, que nos sujetaríamos en el tiempo y en toda la eternidad.

Yo hablo, santísima Vírgen, en nombre de toda mi familia y de todas las personas que la componen: dignaos, Madre de misericordia, de recibirnos á todos en el número de vuestros hijos y vuestros siervos; dignaos fijar en mí y en mi familia, que de hoy en adelante será vuestra, vuestros ojos caritativos; dignaos tomar á vuestro cargo el cuidarla y protegerla. Concedednos, Vírgen santa, á todos y á cada uno de nosotros en particular vuestra bendicion, y no permitais que ninguno de los que están aquí postrados á vuestros pies se haga jamás indigno de vuestra proteccion y de vuestras gracias. Asistidnos en todas nuestras necesidades, socorrednos en todos los peligros, consoladnos en nuestras aflicciones, y haced que cada dia nuestra devocion y nuestra confianza en vos sea mas ardiente; protegednos mientras nos durare la vida, y sobre todo en la hora de la muerte, para que se aumente el número de vuestros fieles siervos en la dichosa mansion de la gloria eterna, por la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, vuestro hijo. Amen.

HECHO EN DEL MES DEL AÑO

Fórmula para consagrarse á la santísima Vírgen cada uno en particular.

Santísima Vírgen María, madre de Dios, vida nuestra, nuestro consuelo, y despues de Dios toda nuestra esperanza. Yo N. N., aunque indigno de ser del número de vuestros siervos, confiando, no obstante, en vuestra misericordia, é impelido de un deseo sincero de serviros, os elijo hoy en presencia de toda la corte celestial por mi soberana Señora, por mi madre amada y por abogada mia, y hago un propósito firme de honraros, amaros y serviros fielmente todo el resto de mi vida, de no hacer jamás ni decir nada contra el respeto y honor que os es debido, ni permitir nunca que ninguno de los que dependen de mí haga ni diga cosa alguna que pueda desagradaros. Os suplico, pues, ó madre de misericordia, y os conjuro por la sangre preciosa que vuestro querido Hijo ha derramado por mí, que me recibais en el número de vuestros hijos y de vuestros mas pequeños siervos, que me asistais en todas mis acciones, que me alcanceis todas las gracias que necesito, y sobre todo que no me abandoneis en la hora de mi muerte. Amen.